

18

ANTROPOLOGÍA

AMERICANA

julio-diciembre 2024
VOL. 9 NÚM. 18



INSTITUTO PANAMERICANO DE
GEOGRAFÍA E HISTORIA



Dialnet



REDIB
Red de Información
Bibliográfica

latindex



JSTOR



Reseñas

Christelle Taraud, *Féminicides. Une histoire mondiale*, La Découverte, 2022, Paris, 928 pp. ISBN: 978-2348057915.¹

En Quebec, como sin duda en otros lugares de Canadá y Europa, el término “feminicidio” ha empezado a utilizarse desde hace poco. Partiendo de su definición más básica —el asesinato de una mujer a causa de su género—, el término feminicidio se aplicó de manera rutinaria a todos los asesinatos de mujeres, en particular los cometidos por un cónyuge, pasado o presente. Hasta la fecha, las escasas presentaciones y análisis que se han hecho de estos asesinatos en el ámbito público y en los medios de comunicación, sólo excepcionalmente se han basado en una perspectiva de género. La atención se centra casi exclusivamente en las relaciones interpersonales, es decir, entre cónyuges. Rara vez se tienen en cuenta los factores sociales de riesgo más amplios, y rara vez van más allá del historial de violencia del asesino (¡y aún así!) y de su relación inmediata con la víctima.

Cada feminicidio es único, por supuesto. Sin embargo, contrariamente a la creencia popular, no es un fenómeno espontáneo, un asesinato cometido en un momento de locura. Un feminicidio concreto es la culminación extrema de un continuo de violencia: es el resultado del establecimiento, ejercicio y mantenimiento de relaciones de poder de una categoría social sobre otra a lo largo de la historia. Como indica el subtítulo del libro editado por Christelle Taraud, es esta historia la que hay que contar si queremos comprender mejor el feminicidio —incluido el feminicidio historiográfico—, denunciarlo y ponerle fin. Este libro propone abrir la perspectiva no sólo sobre la historia

¹ Esta reseña fue publicada originalmente en idioma francés por la revista *Recherches féministes*, 36, 1, 275-283, la cual generosamente nos otorgó su autorización para que fuera traducida y publicada en español con el fin de que llegara a un amplio número de lectoras y lectores de los países de habla hispana, a través de la revista *Antropología Americana*.



del feminicidio, sino también sobre su historia global. La mera mención de esta doble perspectiva permite reconsiderar la aparente singularidad de un feminicidio “cercano”, es decir, trivializado.

El formato de este libro es fuera de lo común. Con casi mil páginas y más de cien autores, es un auténtico manual de referencia, pero no solamente eso. Algunos de los capítulos (que no se nombran así ni están numerados) son inéditos (sobre todo los escritos por la propia Christelle Taraud), aunque la mayoría son capítulos de libros o artículos ya publicados. Las traducciones del inglés al francés (por lo demás excelentes) fueron realizadas por una de las autoras del libro, Dimitra Douskos, en colaboración con Taraud, lo que sin duda contribuyó a la coherencia del conjunto.

Evidentemente se aportan las bibliografías originales y cada uno de los capítulos va seguido, pertinentemente, de un apartado de referencias “para ir más allá”, que da testimonio de los objetivos educativos de la obra. Varios capítulos van acompañados de ilustraciones para enfatizar o enriquecer el tema, o de extractos de textos escritos para una audiencia más amplia o escritos por activistas. Ya sea explícitamente por el contenido de un artículo o implícitamente en ciertas ilustraciones, el arte como desviación de significado y herramienta de resistencia salpica todo el libro.

Es innegable que Taraud ha realizado un trabajo colosal en todos los sentidos al elaborar este libro. Su introducción general constituye un arranque bien informado, crítico y convincente, debidamente alineado con la literatura reciente sobre el tema. La noción de continuo feminicida ha inspirado claramente su enfoque. En sus palabras, se trata de “un conjunto de formas polimorfas de violencia, interconectadas por vínculos sutiles y complejos, que afecta a las mujeres desde el nacimiento hasta la muerte” (p. 15). La otra noción que la guía es la de una sororidad benévola y lúcida que “[reafirma] la urgente necesidad de una unión general de todas las mujeres, en el respeto mutuo de sus diferencias, en su lucha común contra el feminicidio y las violencias basadas en el género, la clase y la raza” (p. 16).

El libro en su conjunto demuestra la amplitud de conocimientos de los que Taraud tuvo que apropiarse. El objetivo no era sólo identificar artículos relevantes, sino también seleccionarlos en la medida en que contribuyeran a la historiografía del feminicidio desde una perspectiva feminista, interseccional y decolonial. También era necesario reflejar la contribución de diferentes disciplinas de las ciencias sociales y las humanidades a esta historiografía, con un toque de economía política feminista, así como destacar la diversidad

de contextos en los que se producen los feminicidios. El feminicidio es, por supuesto, el hilo conductor del enfoque, pero yo diría que es sobre todo la descripción y el análisis de las múltiples dimensiones del odio hacia las mujeres a nivel estructural e institucional, así como en la vida cotidiana.

Además de una serie de introducciones y conclusiones, y una sección preliminar, el libro se divide en siete partes cuyos temas respectivos, aunque no agotan necesariamente todas las posibilidades, se acercan mucho a la exhaustividad. A primera vista, la arquitectura general del libro sugiere un enfoque cronológico global, en el que la primera parte abarca los elementos más antiguos y la última los más recientes. Sin embargo, no es así en términos absolutos, ya que en cada parte las y los autores no sólo ponen de relieve las raíces históricas de las diversas dimensiones del feminicidio, sino que también muestran cómo estas dimensiones se materializan ante nuestros propios ojos en la época contemporánea. Es el caso de la sección preliminar titulada “¿Y antes de la historia?” Con ésta pregunta, Claudine Cohen y Christelle Teraud quieren desvelar las raíces profundas del feminicidio historiográfico. Al mismo tiempo, subrayan la importancia de hacer visibles a las mujeres en la investigación arqueológica actual, en definitiva, la importancia de una nueva narrativa sobre las mujeres prehistóricas que rompa con la visión androcéntrica de la historia humana.

La primera parte del libro se centra en la caza de brujas y nos lleva en un viaje a través del tiempo y el espacio. Este viaje, que se extiende desde el siglo IV a.C. hasta nuestros días, está marcado por algunas pausas temporales, en particular para destacar el hecho de que las ejecuciones de brujas alcanzaron su punto álgido desde mediados del siglo XVI hasta principios del XVII. Si los juicios de brujas cesaron a finales del siglo XVII fue, según Armelle Le Bras-Chopard, “porque los Estados podían subyugar a las mujeres [por ley] en lugar de eliminarlas” (p. 95). En cuanto al espacio, esta parte nos lleva desde la antigua Grecia hasta las actuales Ghana, Papúa Nueva Guinea e India, pasando por Europa (sobre todo Suiza y Noruega) y América (México).

Independientemente del lugar o de la época, la conexión entre el pasado y el presente es evidente, como lo es el hecho de que es un determinado tipo de persona el objetivo de la caza de brujas. Esta persona suele ser una mujer que ejerce cierto poder, ya sea por un conocimiento particular o porque desafía las normas de su época o entorno, o, como en el caso de las llamadas históricas en el siglo XIX, porque perturba el orden social.

Como ya ha indicado Silvia Federici en el título del primer capítulo de esta parte, la caza de brujas ha contribuido innegablemente a la consolidación del orden patriarcal. Ya sea en su forma brutal y generalizada o en sus versiones más sutiles o contextualizadas, estas cacerías jalonan la historia de las relaciones de género. Para cualquier persona interesada en el feminicidio en el mundo contemporáneo, tener en cuenta este tipo de fenómenos nos hace más conscientes de la continuidad del miedo y el odio atávico que los hombres sienten hacia las mujeres. Además, el hecho de que en determinados contextos se sigan haciendo acusaciones de brujería, en particular contra las mujeres, no es una cuestión de tradición, sino de modernidad. La persecución contemporánea de las “brujas” debe analizarse en el marco de la continuidad de los procesos de acumulación primitiva en el contexto del neoliberalismo y la colonización, y no como una curiosidad cultural.

La segunda parte examina cómo la colonización y la esclavitud pueden considerarse basadas en la violencia feminicida, o incluso en el feminicidio. Se describen las múltiples formas que adopta la subyugación de las mujeres bajo estos regímenes, así como la especificidad de la esclavitud femenina. Esta especificidad no se mide en relación con las mujeres “libres”, que, cualquiera que sea el régimen, gozan de muy pocas libertades individuales. Es sobre todo en relación con los hombres esclavos donde se pone de manifiesto la singularidad de las mujeres esclavas: su sometimiento se produce principalmente a través de sus vientres. En otras palabras, tienen que producir mano de obra además, por supuesto, de garantizar su mantenimiento y el de sus amos.

Ni el fin del régimen de esclavitud ni la emancipación de las colonias acabarán con la cosificación de las mujeres, al contrario. La trata de personas, y en particular la trata de mujeres racializadas con fines de explotación sexual, forma parte más que nunca de la dinámica de la movilidad humana: basta pensar en los enclaves turísticos y militares diseminados por todo el planeta. A pesar de la resistencia, a pesar de la emergencia del afrofeminismo y a pesar de la rehabilitación de figuras femeninas como La Malinche en México como prototipo feminista —temas abordados en esta parte—, la violencia feminicida sigue haciendo estragos.

Varios capítulos de esta segunda parte ilustran y analizan las diversas formas que esta violencia adopta en distintas épocas en diversos entornos colonizados, ya sea en las Américas, África o el Medio Oriente. En todos los casos, es importante examinar no sólo la relación entre los colonizadores y

las mujeres de estas sociedades, sino también la existente entre dos sistemas fundamentalmente desiguales. Los feminicidios pueden ser cometidos en estas sociedades por los propios hombres colonizados, y es fácil concluir que estos fenómenos son específicos de la cultura o de las relaciones de género como tal. En un contexto colonial o neocolonial, sin minimizar la responsabilidad del hombre feminicida, es importante examinar cómo el poder colonizador sobre las poblaciones esclavizadas se traduce en una vulnerabilidad aún mayor de las mujeres dentro de estas últimas.

La tercera parte, sobre los asesinatos de mujeres y el feminicidio masivo, es probablemente una de las más inquietantes del libro. Inquietante porque todas las contribuciones subrayan, entre otras cosas, que la mayoría de los asesinatos en serie y otras abominaciones contra las mujeres son perpetrados por hombres y no por mujeres. Los términos precisos utilizados son especialmente contundentes: la política sexual del asesinato, el terrorismo patriarcal, el crimen de odio, la supremacía masculina institucionalizada, la guerra global contra las mujeres... es en esta estela conceptual a la que nos llevan las y los autores. El itinerario infernal abarca desde los feminicidios sexuales sistémicos perpetrados en Ciudad Juárez, que empezaron a registrarse en los años noventa del siglo pasado, hasta el linchamiento de mujeres negras en Estados Unidos en los siglos XIX y XX, pasando por la práctica del *sati* (inmolación de la viuda) en la India.

Tener en cuenta el contexto es uno de los elementos clave de los análisis aportados, no para minimizar los feminicidios, sino para enfatizar la singularidad de los factores implicados. En otras palabras, cada contexto es único. Por lo tanto, poner atención al contexto requiere cierta desconfianza hacia las explicaciones unilaterales, pero también el ejercicio de la sensibilidad cultural. Es cierto que existe una delgada línea que separa la sensibilidad cultural del relativismo cultural. Así lo ilustra el debate sobre el *sati* entre las observadoras que condenan la práctica en términos a veces mordaces y las que intentan comprender el punto de vista de las mujeres que lo consienten (o lo consintieron). Cualquiera que sea la postura adoptada en relación con este tipo de debate, se trata claramente de distanciarse de un feminismo universalista y de apartarse resueltamente de la violencia epistémica.

El itinerario intelectual propuesto en esta tercera parte incluye no sólo prácticas o lugares físicos peligrosos para las mujeres, sino también lugares de la imaginación igualmente peligrosos. Pasamos del sacrificio virginal en la tragedia griega a ciertos mitos africanos u orientales, a las enseñanzas de las religiones

del libro, así como a los cuentos de *Las mil y una noches* y *Barba Azul*. Examinar estos mitos, estas historias o acontecimientos, su marco narrativo, ayuda a comprender la génesis y sostenibilidad de la inferiorización de las mujeres, pero también la forma en que ésta se produce a través de la violencia contra ellas y cómo se legitima en la sociedad en general.

Este es precisamente el punto de partida de la cuarta parte del libro (“Masculinismos y feminicidios”), donde Patrizia Romito escribe en su introducción: “[...] efectivamente hay continuidad, no separación, entre la organización social cotidiana y normalizada de las relaciones de género y las violencias más brutales contra las mujeres” (p. 485). En esta parte, se trata, entre otras cosas, de aquellos hombres que no pueden soportar la perspectiva de la igualdad entre mujeres y hombres, ni la posibilidad de que se erosione su dominación. Los masculinismos adoptan muchas formas, desde el “sexismo ambivalente” hasta la “sensación del derecho agraviado”. Como lo reveló el atentado terrorista antifeminista contra la École Polytechnique de Montreal, en el que murieron 14 mujeres jóvenes en 1989, es el odio a las mujeres, y en particular en este caso el odio a las feministas, lo que subyace a los masculinismos.

Cualquiera que sea la forma que adopten los masculinismos, para sus defensores cualquier medio es bueno para neutralizar a las mujeres, para negar que sean individuos libres en lo cotidiano, lo político y lo ideológico. Esto va desde el acoso puntual hasta disposiciones más permanentes en el matrimonio o la religión. Además, los dispositivos ideológicos utilizados para lograr esta neutralización son variados, pero el más insidioso se encuentra en el corazón mismo de la relación íntima en la esfera privada, donde, por ejemplo, muchas mujeres restan importancia a la violencia doméstica al seguir convencidas de que son golpeadas por amor. Como lo pone de relieve el creciente número de feminicidios “íntimos” en varios países, entre ellos Francia, el alcance de la violencia doméstica va mucho más allá de lo que las mujeres pueden imaginar mientras trivializan la violencia “ordinaria” o cotidiana. Precisamente por eso, las campañas para erradicar este tipo de violencia hacen hincapié en el “continuo” de violencias que, con demasiada frecuencia, culmina en asesinato.

La quinta parte del libro consiste en un análisis de los vínculos entre feminicidios y genocidios. En la introducción a esta parte, Elisa von Joeden-Forgey destaca las similitudes y diferencias entre ambos conceptos, y hace hincapié en las dimensiones políticas y sobre todo sistémicas no sólo de los asesinatos de mujeres, sino también de personas transgénero. Se trata de un

enfoque necesario para contrarrestar el reduccionismo o incluso el esencialismo cultural imperantes, especialmente cuando se trata del feminicidio íntimo dentro de poblaciones minoritarias o racializadas. De hecho, es muy interesante considerar las similitudes entre el feminicidio y el genocidio en situaciones coloniales como la encontrada, por ejemplo, en Canadá en el caso de las mujeres y niñas autóctonas asesinadas y desaparecidas. En este caso concreto, mencionado brevemente en este libro, los comisionados de la investigación nacional optaron por calificar la situación de genocidio. Esta elección converge con el análisis de la autora de la introducción, quien afirma que las políticas discriminatorias contra las poblaciones dentro de los asentamientos coloniales socavaron “la integridad del cuerpo individual y colectivo, [lo que puede verse] como la perpetuación de dinámicas genocidas sistémicas contra cuerpos viables” (p. 587).

Como confirman los casos analizados en esta parte, la dinámica del genocidio va acompañada, sobre todo en el caso de las mujeres afectadas, de toda una serie de prácticas como la prostitución forzada, la violencia sexual y la violación. Estas prácticas se amplifican especialmente en contextos bélicos, como revelan los análisis sobre las “mujeres de solaz” coreanas, sobre Armenia, sobre los campos de concentración en Europa, sobre la ocupación japonesa de Asia, sobre Bosnia, sobre Ruanda y sobre la guerra civil guatemalteca; el extracto del libro publicado por Elizabeth Burgos, *Me llamo Rigoberta Menchú ...* (1982), sobre el secuestro y la muerte de la madre de esta última, ilustra de forma dramática la crueldad documentada del ejército hacia los pueblos en resistencia, y más concretamente hacia las mujeres.

Cada uno de estos análisis revela que la aniquilación de un pueblo involucra la de las mujeres y apunta en particular a sus capacidades reproductivas. Si el cuerpo de las mujeres es un importante escenario de guerra, no cabe duda de que sigue siéndolo para la industria extractiva que busca por todos los medios, por todas las estrategias, establecerse particularmente en los territorios indígenas. El feminicidio es parte integrante de esta estrategia, como lo demuestran los asesinatos de mujeres activistas medioambientales.

Nunca será suficiente decir que el feminicidio es la culminación de un continuo que toma forma en la banalidad de pequeños actos repetitivos contra las mujeres. A menudo ellas no se dan cuenta hasta que es demasiado tarde. Por eso es tan importante examinar todas las dimensiones de la violencia contra las mujeres, incluso las que parecen más insignificantes. En esta línea, la sexta parte del libro trata de los cánones de belleza, la mutilación corporal y

la aniquilación de la identidad. Los estudios de caso abarcan desde la muñeca Barbie en Estados Unidos hasta los concursos de belleza, la escisión femenina y el matrimonio precoz, pasando por los trastornos alimentarios, los pies vendados de las mujeres chinas, las percepciones de los genitales femeninos y, por último, los análisis lingüísticos de términos despectivos hacia las mujeres, una violencia lingüística que puede calificarse de sexista. En cada uno de estos casos, los análisis demuestran una sensibilidad contextual al describir, como en el caso de Barbie, hasta qué punto las transformaciones de esta última reflejan, no obstante, nuevas opciones culturales para las mujeres en la sociedad estadounidense. Evidentemente, hay menos espacio para los matices cuando se trata de mutilaciones corporales o sexuales, pero también en este caso es importante escuchar los casos de resistencia que no necesariamente se expresan a la manera occidental o institucional. De hecho, aunque los análisis de cada uno de los casos planteados en esta parte reiteran la necesidad de una resistencia feminista, parte de esta resistencia se expresa principalmente en forma de revuelta individual. Hay una llamada a la benevolencia hacia estas mujeres que no necesariamente responden directamente a los mandatos de las feministas occidentales.

Son innumerables los ejemplos de mujeres tratadas como mercancías potencialmente valiosas, como cargas de las que hay que deshacerse o como anomalías que hay que castigar. Igual de innumerables son las formas que adopta este trato, como muestra la séptima y última parte: “Matar a las niñas, domesticarlas y mercantilizarlas”. Ya sea directamente a través de la identificación del sexo fetal, indirectamente a través de la política del hijo único o mediante el matrimonio precoz de las niñas, hay muchas formas de deshacerse del género “indeseable”. Los escasos avances logrados en la erradicación de las peores prácticas que afectan a las mujeres y las niñas en todo el mundo se ven, por desgracia, contrarrestados por numerosos retrocesos: tomemos sólo el caso de la interrupción voluntaria del embarazo, cuyo acceso varía mucho en todo el mundo y aun esta socavado en lugares donde parecía ser un derecho inalienable.

La situación, a menudo muy precaria, de las niñas refleja la del conjunto de las mujeres: estas últimas siempre son las más pobres entre los pobres, las más analfabetas. Y es precisamente esta situación precaria la que, en algunos casos, las hace “deseables”, cuando son secuestradas para ser casadas por la fuerza y obligadas a procrear contra su voluntad. Pero más allá de la situación económica o la clase social, el patriarcado es el principal factor de riesgo para

las mujeres. Cuando no son asesinadas, torturadas o secuestradas, las mujeres son confinadas y controladas por los hombres, especialmente por los de su propia familia a través del incesto, constituyendo la última forma de control protegida, por así decirlo, por el secreto, la vergüenza y la complicidad.

En muchas sociedades, los hombres son los guardianes de la virginidad y la castidad de “sus” esposas e hijas, y consideran que su honor queda dañado cuando estas mujeres escapan a su vigilancia. Como escribe Fatima Mernissi, analizando el caso del Marruecos contemporáneo y, más ampliamente, de la cuenca mediterránea: “El prestigio de un hombre, [relacionado con] el honor y la virginidad, está investido entre las piernas de las mujeres” (p. 812). Sin embargo, sería erróneo pensar que la virginidad es un valor que pertenece a otra época o a otro lugar: sirvan de ejemplo las operaciones de reconstrucción del himen (himenoplastia) que se realizan hoy en Francia y sin duda en Norteamérica. Las mujeres que se someten a esas operaciones o recurren a “recetas para recuperar la virginidad” (p. 810) y a otros subterfugios similares se rinden sin duda a los argumentos del patriarcado, pero no sin oponer una sutil resistencia tratando de engañarlo.

El libro concluye con la cuestión de la resistencia al patriarcado. En una de las dos conclusiones finales, Rita Laura Segato retoma el tema de la “guerra contra las mujeres”, que ha explorado ampliamente. Para ella, el patriarcado constituye “la estructura política más arcaica y persistente de la humanidad”, una estructura “exacerbada y radicalmente transformada por el orden colonial-moderno” (p. 904). Esto es lo que todas las contribuciones de este libro han demostrado elocuentemente al centrarse en la historiografía del feminicidio y explicar claramente, mediante análisis, ejemplos e iconografía, que la violencia contemporánea contra las mujeres es una continuación de la violencia del pasado.

¿Cómo acabar con esta violencia, cómo poner fin a la guerra contra las mujeres? La respuesta es compleja y debe tener en cuenta el contexto, pero a grandes rasgos el proceso debe dismantelar el “mandato” masculino basado en la violencia, que también perjudica a los hombres. La emancipación debe implicarlos necesariamente. Segato propone también revisar la fórmula de los derechos humanos en la que, a pesar de todo lo que se habla de inclusión e igualdad, el sujeto masculino sigue siendo “la encarnación de lo universal” (p. 910). También cree que el Estado no es en absoluto el garante de un nuevo proyecto liberador —las leyes y las políticas públicas no bastan para garantizar la seguridad y el bienestar de las personas—, sino que la experiencia

comunitaria y las raíces locales, defendidas por las mujeres a lo largo de la historia, deben ser las fuentes de inspiración.

Por su parte, Aminata Dramane Traoré, autora de la segunda conclusión, retoma una idea expuesta en la introducción, la de una sororidad benévola y previsor, y propone “poner fin al feminicidio mediante una sororidad reforzada”. La invitación adquiere un tinte particular porque se hace en un contexto marcado por el neocolonialismo y el neoliberalismo. Las prácticas nocivas contra las mujeres en este tipo de contextos deben ser ciertamente denunciadas, pero sin ahogar las voces de las propias mujeres ni trastornar la forma en que pretenden enfrentarse a ellas.

Las contribuciones reunidas por Taraud, junto con sus ensayos inéditos, ofrecen una visión magistral de la cuestión. Es cierto que el término “feminicidio” se utiliza cada vez más en la esfera pública y en los medios de comunicación, pero ello no nos protege de las interpretaciones reduccionistas que siguen circulando. Taraud y sus colegas han hecho, pues, un trabajo necesario para desentrañar las múltiples dimensiones y mecanismos del continuo feminicidio en el tiempo y en el espacio, para hacer inteligible un fenómeno a primera vista incomprensible y, por último, para ofrecer, desde una perspectiva crítica y militante, algunas de las claves indispensables que podrían ayudar a erradicarlo.

Marie France Labrecque

Université Laval

Correo electrónico: marie-france.labrecque.2@ulaval.ca

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8141-4966>